

Loslösung

Cuando Ismael Santana recobró la conciencia tuvo la sensación de estar sumergido en lodo, luego vino la oscuridad. Trató de levantarse, pero los brazos y las piernas no respondieron. La memoria regresó por instantes y poco a poco recordó lo sucedido, de ahí su primera conclusión: me salvé.

Tenía 58 años el día en que la chalupa «Gabriela», en la que viajaba, se volcó en el río Magdalena justo antes de llegar a Cambao. Cuatro hombres iban a bordo con dos contenedores de icopor llenos de ampollitas. El doctor Santana había sido enviado por el ministro de salud a una cruzada llamada *Inyecciones de vida*. La influenza y el tétanos habían cobrado la vida de varios menores en el centro del país. Un total de sesenta médicos se enfilaron para trabajar en las zonas más apartadas. Una labor que muchos adjetivaron como loable.

«¿Qué pasó? ¿Dónde estoy?», se preguntaba el médico. La desesperación por no poder moverse, por no poder ver ni escuchar nada, impidió que se concentrara para recordar con exactitud los detalles del accidente. Intentó pedir auxilio, pero de su boca no salieron gritos, sino borbotones de un líquido desconocido. Concluyó que era agua.

«¡Auxilio! ¡Ayuda!», insistió, pero las cuerdas vocales parecían inexistentes.

Las barcas artesanales eran comunes en el Magdalena Medio. Además de Santana, en la chalupa viajaban su enfermero auxiliar, el canoero y un pescador que recogieron en el camino. Abril trajo fuertes aguaceros. El caudal aumentó un quince por ciento, según los reportes de la radio local. Transcurrieron

dos horas de viaje hasta el momento de los hechos. La muerte también iba a bordo de Gabriela.

—Doctor, con este lapo de agua deberíamos parar, todavía nos queda bastante camino —sugirió el canoero—. Conozco el río como la palma de mi mano. En este trayecto es donde más se pone rebelde.

El hombre remaba desde la parte trasera. La camisa abierta enseñaba manchas de vitiligo en las costillas. A la altura del pecho reposaba un escapulario y un colmillo felino que usaba como amuleto. Les explicó a los compañeros de viaje que el nombre que estaba pintado a los dos costados de la chalupa correspondía al de su hija Gabriela, de diez años.

La sugerencia de suspender el viaje fue refutada por el otro lugareño:

—Pero ayer estaba peor y por aquí pasaron los jornaleros como si nada —dijo el pescador, mientras le escurría agua de lluvia por la barbilla. Era la época en que más se beneficiaba por la subienda de trucha y coporo.

El doctor Santana tenía la última palabra. No sabía cuál de los dos hombres predecía mejor el clima. Le restó importancia al asunto y le delegó la decisión a su auxiliar. Este, con el espíritu aventurero que dan los veintitantos, le ordenó al canoero continuar la marcha. El joven trabajaba para el médico desde

hacía cinco años. Perdió a su padre cuando era muy niño, por ello veía a su jefe como una especie de sustituto. Quería ser médico como él, y hasta admiraba su apariencia física: los casi metro noventa de estatura, el cabello ondulado y abundante y los lentes de marco imperceptible que le daban una apariencia culta y académica.

En medio de la ceguera y el estado de inmovilidad, Santana trató de forzar los oídos, pero lo único que escuchó fue el latir de su corazón. Nunca lo había sentido bombear sangre de forma tan rápida y fuerte, eran como congos resonando en un recinto cerrado.

Media hora después la lluvia se tornó más intensa y los tripulantes notaron que la barca empezó a acumular agua. Acordaron de forma unánime detenerse. Decisión tardía, justo en ese momento escucharon un ruido extraño, un alud venía tras ellos llevando consigo tierra y troncos. El impacto fue tan potente que la chalupa se hizo incontrolable. Entre todos lucharon para no naufragar. El agua de las orillas bajó en remolinos, lo que impidió que pudieran acercarse a tierra firme.

—¡Doctor, auxilio! —gritó el enfermero cuando la canoa se volcó. Santana alcanzó a tomar uno de los contenedores y lo lanzó hacia el joven que, por más

que estiró los brazos, no pudo atraparlo y se fue desapareciendo entre los escombros. Los diarios de la región informaron al día siguiente sobre los hechos, mientras que las autoridades prohibieron la pesca y la navegación hasta nueva orden. Solo se encontró media Gabriela, como una flor de astillas y puntillas; un par de kilómetros más adelante, los cuerpos del pescador y del joven enfermero. Fueron hallados en un estanco donde el río descansaba para seguir su camino, atrapados entre los chamizos de la playa. Los cadáveres reposaban bocarriba, inflados, como sapos gigantes.

El doctor Ismael, en medio del líquido viscoso y el ruido ensordecedor de su corazón, se concentró y recordó lo sucedido: se vio en el río, como en tercera persona, aterrorizado, intentando llegar a la orilla. Observó cómo el pescador le devolvió la mirada en una especie de despedida cuando fue absorbido por el agua. Evitó entrar en pánico y siguió la corriente para no luchar contra ella, braceó tan fuerte que sintió que las energías se le acabaron. Intentó mantener la cabeza a flote, pero los remolinos lo hundieron un par de veces haciendo que llevara agua a los pulmones. Su presión se aceleró y empezó a ver destellos. Como médico sabía que lo siguiente era un paro cardíaco. Procuró controlarse y salió de

nuevo a la superficie para respirar, pero fue inútil, en vez de tomar aire le salieron eructos, debido al agua ya consumida. El paisaje empezó a dar vueltas y se hundió de nuevo.

Ese mismo día, en horas de la noche, Felipe, trabajador de la zona, se encontraba durmiendo hasta que su mujer lo despertó con un grito. El colchón estaba ensopado de sudor. La mujer se quejaba tocándose el vientre. Las contracciones llegaron sin avisar. Káiser, el perro, empezó a latir, mirando la abultada panza.

—¡Saque ese perro que me va a volver loca! — ordenó la mujer— ¡Y vaya donde Amelia, que ya se viene!

Felipe sacó el animal, se cubrió con un poncho y corrió hasta donde la partera para informarle del acontecimiento. Cuando regresaron observaron a la mujer inconsciente. La partera puso su oído en el estómago, una leve pulsación infrasonido se hallaba en el interior. Mojó un trapo en alcohol y lo presionó en la nariz de la encinta haciendo que despertara al instante. Le aplicó aceite de palma en el vientre y lo masajeó hundiendo los dedos para estimular la salida de la criatura. El ombligo asomaba soplado, como otra minibarriga. Los cabellos ondulados de Yolanda estaban adheridos al rostro sudoroso. Sintió que el

bebé se movía en la placenta. Daba vueltas, acomodándose para la salida.

Santana, estremecido y ciego, decidió olvidarse de la escena escalofriante de su lucha con las aguas, suficiente había tenido con haberla padecido como para tener que volverla a recordar. Intentó descifrar qué había sucedido después de perder a sus compañeros de barca en el torrente del Magdalena. Una posibilidad era estar muerto y que su alma estuviera penando, pero su condición de no creyente le impedía darse ese lujo. No encontraba respuestas, no lo aquejaba ningún dolor físico y notó que en el poco tiempo que llevaba despierto su memoria pasó de la nada a un estado de lucidez que le permitía recordar hasta los hechos más remotos de su infancia. Fue en ese momento cuando aceptó que lo que sucedía no tenía explicación científica. Nunca había estudiado sobre temas paranormales o mágicos. Siempre afirmó que encontrar respuestas donde no hay pruebas conllevaba al delirio. No tenía ningún tipo de información con la que pudiera atar cabos, su único recurso fue recordar las remotas conversaciones de café con su amigo Omar Villada, especialista en otorrinolaringología. Este, cada vez que tenía oportunidad, quería cercenar el escepticismo radical de Ismael. Le hablaba de ovnis, brujas, duendes, viajes en

el tiempo y combustiones espontáneas, pero lo que Santana recordó, por ahora, fue cuando su amigo le comentó que había leído un ensayo escrito en el año 1947 por un alemán llamado Gregor Fellner, gurú en temas de resurrección y espiritismo.

—El espíritu sí existe, pero no es eterno, como todos creen —le había asegurado Omar, basado en las premisas del europeo—. Fellner dice que los espíritus son como los peces, pueden estar por fuera del agua, pero no por mucho tiempo. Lo mismo las almas, pueden estar sin cuerpo, pero por un corto lapso. En otras palabras, son energías que usan la materia para alimentarse. Una vez que el cuerpo humano deja de funcionar, el espíritu sale en busca de uno nuevo. Si no lo encuentra, se desvanece y se transforma en otro tipo de energía.

—¿Cómo así que uno nuevo? —preguntó Santana.

—Tiene que ser nuevo, dos espíritus no caben en un solo cuerpo. La reencarnación es —explicaba el otorrino— un fenómeno de localización de materia disponible, y la única materia disponible son los bebés cuando nacen. Es ahí, y solo ahí, cuando se considera al recién nacido como ser humano, cuando converge su pequeño y recién creado cuerpo con la vieja alma que, a su vez, empieza el *Loslösung* o «proceso de desentendimiento», como se tradujo en el ensayo.

—¿Desentendimiento? —Santana se quitó los lentes para limpiarlos, mostrando desinterés.

—Sí, el desentendimiento inicia cuando el espíritu invade el cuerpo y finaliza seis meses después. Dicho de otra manera, el espíritu empieza a olvidar su vida pasada, olvida ser consciente, olvida cómo comunicarse. En definitiva, olvida que existió. Es más, Ismael, en ocasiones los bebés se quedan estáticos y clavan la vista en un lugar específico, como mirando algo que los adultos no podemos percibir. Inclusive a nosotros, nos miran fijamente como si quisieran decir algo. Creo que todos los padres hemos experimentado una situación similar con nuestros hijos en los primeros meses de nacidos. Recuerda que la materia no nace ni muere, solo se transforma. Los espíritus son los mismos, los cuerpos son los que cambian.

Sin embargo, había algo en esa teoría que no le encajaba a Santana. Si cada día la población aumenta, ¿de dónde salen tantos espíritus para ocupar los nuevos cuerpos? Pero Omar, gracias al ensayo, tenía las respuestas a la mano. Le explicó que no solo los seres humanos tienen espíritu, sino todos los animales de la especie mamífera. Le aseguró que, si bien ha habido un incremento demográfico sustancial, también se ha disminuido la población de muchas

especies, incluso hasta la extinción, lo cual mantiene un equilibrio natural.

—En esta vida eres humano, en la otra puedes ser un zorro, por ejemplo.

La partera puso a calentar agua de hierbas. Káiser latía desde la puerta del patio. Las contracciones llegaron de nuevo, esta vez más fuertes, como inesperadas puñaladas. Las nubes tronaron con un rayo que resquebrajó el cielo en dos, como una hoja de papel. El fluido eléctrico se fue. Las gotas de lluvia, como pequeñas piedras, golpeaban las tejas de hojalata. Felipe cerró las ventanas y encendió una lámpara de queroseno. Se ubicó detrás de su esposa tomándola de las manos para alentarla. La partera inició los rezos. Sacó las hierbas de la olla y roció agua alrededor de la paciente. El vapor del agua y el humo del tabaco tornaron el ambiente difuso. Además del parto, la anciana hizo un rezo para que el bebé no naciera hielado.

El líquido a través de la garganta le hizo cortar con el recuerdo de la conversación con su colega, pero mejor, no quería saber nada del *Loslösung*, de espíritus y mucho menos de reencarnaciones, prefería una muerte eterna que seguir de cuerpo en cuerpo. Escuchó nuevos sonidos, diferentes al de su corazón: ladridos de perro y relámpagos. En un ataque de

ansiedad agitó el cuerpo, por primera vez sintió que podía mover los brazos y las piernas. Trató de nadar en el líquido buscando una salida a la superficie.

Yolanda sintió una nueva contracción, la más fuerte de todas. El esposo tomó un trapo y se lo puso en la boca para que lo mordiera. La placenta rompió y un flujo de sangre y líquido amniótico manchó las sábanas.

—¡Puje fuerte! ¡Duro, hija, como si fuera a cagar! ¡Duro, duro! —la partera incentivaba a Yolanda—. ¡Ahí viene! ¡Puje, puje! ¡Ahí está, ahí está!

Nació hembra. El cuerpecillo se veía pálido por la endeble luz de la lámpara. Dos delgadas franjas de color negro se asomaban entre los pliegues de los ojos. Los brazos temblorosos buscaron abrazar a la madre, entre tanto, un tijerazo sesgó el cordón umbilical.

—¡Ahí está, ahí está! —escuchó el doctor. Esa voz le hizo pensar que una rescatista lo había hallado en algún lugar del río, pero segundos después, una luz acabó con las tinieblas en las que se encontraba atrapado. Lo primero que observó fueron siluetas rellenas de colores, su primitiva vista no le permitía distinguir los objetos con claridad, sin embargo, por la experiencia de su vida pasada, supo que era un tejado de zinc, un toldillo verde y

un armario viejo. Sintió que lo alzaron. De repente, unos ojos de anciana lo examinaron. Algo andaba mal. Se echó a llorar sin poder controlarse. No tuvo dominio de la mirada, de los movimientos, ni de la lengua. Otras manos lo alzaron. Un hombre de nariz ñata y cabeza al rape le dio un beso, los labios eran ásperos y las manos pesadas. Por último, terminó en brazos de la madre, hasta que un par de senos lo calmaron.

Desde el nacimiento, su conciencia se perdía y regresaba sin avisar. Despertó de nuevo cuando sintió los resortes del colchón hundirse, el hombre de la nariz ñata se le acercó, le pellizó el mentón, le dio besos en la cabeza, en la frente, en las cejas y las mejillas. Santana sintió asco al ser besado por otro hombre que, de hecho, tenía mal aliento. Este puso a su lado un casco con un faro y Santana concluyó que su nuevo padre trabajaba en las minas de la zona. Luego se durmió en otro intervalo indeterminado y despertó al oír a Yolanda hablar.

—¿Cómo le fue hoy, amor? —le preguntó a su marido.

—Muy bien. El ingeniero me citó para mañana en la mañana, parece que me van a autorizar los días de permiso por el nacimiento. Hay rumores que van a suspender las excavaciones por los aguaceros.

—Sería lo más sensato —replicó la mujer, levantando al doctor y poniéndolo a mamar teta.

—Sí, amor. Imagínese que en la mañana nos contaron que antier el río se llevó a tres personas, y que hay una desaparecida. ¿Se acuerda de Romeo, el que vende pescado?

—Sí, claro. ¿Qué le pasó?

—Bueno, él fue uno de los fallecidos. Almas benditas.

—¡Por Dios! ¿Y quiénes fueron los otros?

—Dizque un médico y un enfermero que vinieron de Bogotá.

Santana, al escuchar el testimonio, soltó el seno y chilló. Se escuchaba a sí mismo, siempre había detestado el llanto de los bebés, pero no podía ahora controlar el suyo. Se preguntó por qué diablos un humano. Si la teoría de Fellner era cierta, pudo mejor haber resucitado en otro mamífero, en el zorro, por ejemplo.

—Unos compañeros ayudaron en el rescate de los cuerpos —continuó Felipe el relato—, estaban todos magullados.

Ismael trataba de lidiar con el peso de la cabeza, quería ver los ojos del hombre, pero solo podía mover sus pequeñas extremidades de manera torpe. Observó a Káiser echado bajo el comedor lamiendo-

se las patas. La bebé batió las manitas y piecitos lo más fuerte que pudo, quería demostrar desespero e impotencia, pero, por el contrario, lucía adorable. Su madre le había puesto una balaca con un moño púrpura en la calva.

—Y entonces, ¿quién es el desaparecido? —preguntó Yolanda.

En un principio Felipe no quiso contarle que la persona extraviada era el canoero, su compadre, pero sabía que más tarde que temprano algún vecino acucioso le llevaría la noticia. Era mejor que se enterara de primera fuente.

—El compadre Camilo, amor. Se le volcó la chaluza.

Yolanda pensó de inmediato en la comadre y su ahijada Gabriela, posibles viuda y huérfana. Lloró por un momento, pero tenía la creencia de que todo sentimiento negativo se le transmitiría al bebé durante la lactancia, así que se contuvo. Guardaba la esperanza de que pronto apareciera. Sabía que aquel hombre nadaba como nutria, que era imposible que se dejara ahogar. Es más, tenía fama de haber salvado varias vidas en el río. El doctor Ismael, mientras tanto, escuchaba la conversación de sus padres, mirando al techo y las paredes alternadamente, hasta que escuchó algo escabroso.

—Mija, y al médico lo encontraron río abajo, casi llegando a La Reliquia. Dizque el cuerpo estaba desnudo, tenía un morado en el pecho y los ojos los tenía casi que por fuera. Dios lo guarde.

Santana, al saber los detalles de su muerte, se echó a llorar de nuevo, mostrando las encías. Ahora sí deseaba morir ahogado, sino con el río, al menos con su propia saliva. Sentía insoportable su situación, quería expresarse, llamar a su casa en Bogotá y enterarse de cómo estaba su familia. Quería saber si algún pariente había venido a reconocer el cuerpo. Pero ni modo, se resignó a seguir siendo un alma eterna, y lo peor, no había posibilidad de fraguar un suicidio. Un bebé que se quita la vida: absurda idea.

Como el tiempo se había convertido en un elemento incalculable en su pequeño cerebritito, días después una visita le dio una pista, seguramente no había transcurrido una semana desde el accidente.

—¡Buenas, buenas! —dijo el visitante.

—¡Dios Santo! El señor escuchó mis oraciones —exclamó Yolanda al ver al hombre en persona—. ¡Yo sabía que usted no estaba muerto!

—Cómo me voy a morir si yo puedo durar diez minutos bajo el agua —dijo Camilo. Además, esta virgencita y este amuleto me protegieron—empuñó el escapulario y el colmillo animal—. No se me cayeron ni en

la avalancha. Eso es por algo, comadre —Hablabla desde la puerta, estaba en bermudas y camisa de manga sisa. Era fornido, de estómago abultado, pero más duro que un neumático. Detrás de él estaba su hija Gabriela.

El doctor Ismael estaba en la cuna, quería comprobar con sus propios ojos que aquel hombre era el mismo que viajó con él en la pequeña embarcación, el mismo que le sugirió hacer una parada cuando la lluvia aumentó. Pero de nuevo el peso de la cabeza lo obligaba a ver el techo. Movía los ojos sin poder controlarlos.

—Comadre, le traje pastelitos y crema soda. Me enteré que ya dio a luz a mi ahijada, ¿dónde está ese angelito?

Santana escuchó los pasos del canoero acercándose... ya lo vería cara a cara. Quizá se diera cuenta de que él no era un bebé, sino el médico que vino desde la capital. Era posible que una mirada bastara para que los dos se conectaran. Ya que ahora había comprobado que las almas sí existen, sería entonces posible que, en ocasiones como estas, pudiera ocurrir algo extraordinario. Lo sacaron de la cuna, observó un rostro redondo y un par de cejas pobladas. Fue besado, acariciado, sintió náuseas. Devuelta a la cuna. En ese momento recordó que, como lo había explicado su amigo el otorrino, los bebés en ocasiones pueden de-

jar quieto el cuerpo y la mirada. Se concentró, poco a poco pudo controlar las estúpidas extremidades y las ranuritas de los ojos para mirar al sobreviviente. El canoero se encontraba tan emocionado contando su historia del alud que no notó que la pequeña criatura lo miraba con los brazos y las piernas de par en par y la boca abierta escurriendo saliva, pero quien sí detectó el comportamiento de la bebé fue Gabriela. Santana se emocionó al ver que había podido captar su atención.

La niña lo sacó de la cuna de nuevo. Santana concluyó que el nombre de la canoa era una señal divina, una clave, esa niña sería el enlace con el «mundo exterior».

Las dos, Gabriela y la recién nacida, se quedaron viendo como en un juego de no parpadeos. Ismael se sintió reconocido. Ese sentimiento se materializó en una sonrisa mueca e involuntaria que formó un par de tiernos hoyuelos en las mejillas. Como respuesta a esa mirada clavada, Gabriela se le acercó frotando narices, le hizo una mueca graciosa y con una voz mamarracha le dijo:

—¿Por qué me mira así, bebé? ¿Tiene hambre?

Le dio un par de besos en la frente, le introdujo el tetero en la boca y corrió a las piernas de su padre para seguir escuchando el relato de supervivencia.

